

Selecta

Olga Hermon



Muchas
mentiras
y unas
cuantas
verdades

Muchas mentiras y unas cuantas verdades

Olga Hermon

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

«Temo por mi vida y por la de mis hijos ¡Tú eres mi única salvación!».

Mientras hacía antesala en el aeropuerto, en un ir y venir enloquecedor que ya tenía mareado al resto de la concurrencia, en el cerebro de Helena, todavía retumbaban las palabras dichas por su hermana.

Apenas tenía dos horas de sueño cuando la despertó el timbre de su celular, que había olvidado silenciar después de una larga jornada de trabajo nocturno en el hospital donde prestaba sus servicios como enfermera titular del área de quirófanos.

Luego de muchos balbuceos a través de la línea, que lograron confundirla y alarmla más, Helena accedió a trasladarse a Hidden City de inmediato. Serían tres horas de vuelo, pero era la ciudad más próxima a la que Margaret podía ir sin ausentarse demasiado de casa.

El viaje le pareció eterno sin que lograra poner orden a la conversación que en dos minutos puso su tranquila vida de cabeza.

—En mi casa no...

—Creo que me vigilan...

—Te estoy hablando de un teléfono público...

Todo parecía sacado de una película de espionaje, muy ajeno al estilo de vida de su hermana, por eso no lo dudó dos veces antes de embarcarse para ir en su auxilio.

Helena pidió en el hospital un permiso de dos días sin dar más detalles que motivos familiares; Margaret así lo había exigido, como también le dijo que compraría un celular de prepago que usaría para decirle el lugar donde se reunirían una vez llegara a la ciudad. Sería en uno de esos cafés de las afueras.

—¡Querido Dios!, te pido que cuides a mi hermana y a mis sobrinos; son mi única familia. —Helena miró al cielo, por la pequeña ventana de la nave, con los ojos empañados en lágrimas y con el estómago hecho un nudo de nervios.

Tiempo después...

—¡Margaret! —Helena solo movió los labios al llegar a la mesa donde se encontraba su hermana. En cuanto la vio venir, ella le hizo una señal de que guardara silencio.

Le costó trabajo reconocerla con los grandes lentes oscuros, que le cubrían medio rostro, y con la pañoleta que envolvía sus rubios cabellos.

—¡Helena, hermana!, qué bueno que estás aquí —susurró en su oído en tanto le daba un abrazo que hablaba por sí solo.

A pesar del camuflaje de la rubia, se notaba el contraste entre las dos chicas. Margaret era diez años más grande e hija del primer esposo de su madre. Alta, de tez canela y ojos verdes, era el vivo retrato de su padre.

En cambio, Helena era de estatura media; de larga melena negra como la noche; de tez tan blanca que, cuando vestía oscuro, la hacía parecer etérea, y de ojos color de la

miel. Solo se tenían ellas dos y ahora estaban los niños de la mayor. Sus progenitores habían ido muriendo muy jóvenes. El padre de Margaret, de una enfermedad arrasadora, y los padres de Helena, en un trágico accidente de auto.

Por la diferencia de edad, fue poco lo que las mujeres habían logrado cohabitar como hermanas, aunque ahora de adultas, Helena se daba maña en época de vacaciones para alcanzar a su familia en la parte del mundo donde se encontraran de paseo, para convivir con los niños; eran adorables y ella los amaba entrañablemente.

—¡Por favor!, dime de una vez qué es lo que está pasando, antes de que muera de preocupación —pidió en cuanto ambas estuvieron acomodadas en sus butacas.

—Desayunemos, primero. Seguro vienes con el estómago vacío. Durante el café te contaré toda la historia. — Cuando Margaret decidía algo, valía más no discutir.

Helena comió casi sin masticar; de igual forma no hubiera podido disfrutar del platillo. Su hermana apenas probó bocado; se notaba su esfuerzo en medio de un ambiente de paranoia, pues no dejaba de mirar a un lado y a otro.

—¿Un café con crema, como siempre? —preguntó amable cuando se acercaba la mesera.

—Sí, por favor —respondió Helena. Esa invitación la recibió con agrado; la bebida caliente le ayudaría a que terminara de bajar el alimento que sentía atorado en el esófago.

En cuanto estuvieron a solas...

—Hermana, mi matrimonio se ha convertido en una pesadilla. —Margaret la tomó dolorosamente de las manos, con mirada desesperada—. Alonso se ha vuelto un monstruo —confesó con las palabras atragantadas—. Mi vida, en un infierno, y tengo mucho miedo de que les pase algo a los niños. ¡Helenita, ya no soporto más! —agregó en un

apurado susurro, antes de que el llanto silencioso le impidiera seguir hablando. Helena veía cómo corrían ríos de lágrimas por debajo del cristal oscuro de los lentes.

—¿Por qué no lo dejas? Divórciate de él —sugirió. Sin poder contenerse se sentó a su lado y la abrazó mientras le daba palabras de consuelo.

—No puedo. Me tiene amenazada con quitarme a los niños si lo hago —dijo entre sollozos.

—¡Cálmate, por favor! —No dijo nada más. De forma callada se dedicó a masajear sus manos, engarrotadas sobre la mesa. Cuando el ataque de pánico empezó a ceder, volvió a hablar—. ¿Qué le ha pasado al hombre «perfecto» con el que te casaste? —preguntó repitiendo sus mismas palabras de cuando lo había conocido.

—No lo sé, Helena. De un tiempo a esta parte, se empezó a comportar de forma extraña, violenta, con altibajos emocionales. Siempre celoso y neurasténico. Estoy cansada de sus maltratos físicos y emocionales —dijo mientras se tallaba los brazos—. Sospecho que anda con otras mujeres y que tiene problemas de alcohol y drogas.

—Hasta donde entiendo, esas son muy buenas razones para pedir el divorcio, hermana.

Con tamaña confesión, el lado profesional de Helena empezó a buscar indicios de las agresiones en la piel visible de su hermana.

—¡Claro! Si puedo comprobarlo, recuerda que Alonso es un hombre rico e influyente, y yo solo soy una pobre madre atemorizada por la amenaza bajo la que viven mis hijos —agregó con rabia contenida.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó solícita.

—Hermana. —Margaret se tumbó las gafas, se aferró a

sus manos con desesperación en tanto sus ojos la miraban con una súplica implícita—. Necesito que me ayudes a tenderle una trampa a Alonso. Debo obtener evidencias y todo lo necesario para llevarlo ante la corte y conseguir que las autoridades me concedan el divorcio y lo mantengan alejado de nosotros. —Mientras la presión de sus dedos aumentaba, el llanto fue coartando su habla hasta que esta terminó en un lamento incontrolable. De suerte que la mesa estaba situada en un apartado rincón.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó temerosa de lo que se avecinaba.

Helena apenas había visto a Alonso dos o tres veces: el día de la boda, de forma breve, pues su madre a duras penas le había podido conseguir en el internado un permiso limitado por estar en período de exámenes, y en el funeral de sus padres, en el que él había permanecido solo unos minutos. Recordaba cómo había terminado por llevarse a los niños, porque estaban demasiado pequeños para comportarse serios en un momento tan dramático. Entonces le había parecido un hombre amable, considerado y muy guapo y aunado a las conversaciones de su hermana; en su cabeza estaba la imagen del marido más responsable del mundo. Por motivos de trabajo, viajaba la mayor parte del año pero, cuando estaba en casa, se dedicaba en cuerpo y alma a los niños; aunque no eran de su sangre, se notaba que los amaba sinceramente.

—Como sabrás, en el país donde resido, está muy penado el adulterio, así que necesito que enamores a mi esposo hasta llevarlo a una situación «comprometedora» que nos dé las pruebas para que lo pongan tras las rejas. —Margaret habló de corrido, como alguien que tiene bien practicada la lección—. Estando ahí, será cosa de días para que sus

otros delitos salgan a la luz y para que yo consiga el divorcio y la anulación de la patria potestad.

—¡Madre mía! ¿De dónde sacas que yo tendré agallas para hacer eso? Además, me puede reconocer... —dijo con angustia, mientras liberaba sus manos para llevárselas al pecho.

—Hermana, ustedes apenas se conocen. La única fotografía de familia que tengo en casa, en la que apareces tú, está tomada desde lejos en aquellas vacaciones que pasamos en la playa, cuatro años antes del accidente de nuestra madre... —Margaret la tomó de los hombros con firmeza—. Tú eres la única persona que me puede ayudar, la única en la que puedo confiar. Aún recuerdo que, un año después de esas vacaciones, desafiaste a tu padre y a mamá al irte a estudiar a España «para sirvienta», como ellos decían. No te detuvo ni el hecho de que perdiste todo apoyo económico de ellos —concluyó con un gesto que denotaba orgullo—. Con tu belleza lograrás que el infiel de Alonso se fije en ti y, con tu fuerza de carácter, estoy segura de que podremos conseguir nuestro propósito. —Helena, temerosa del brillo fugaz de maldad que cruzó la verde mirada, bajó los párpados—. Hermana, solo tú nos puedes librar, a los niños y a mí, de vivir en la zozobra y peligro constantes.

—¿Y si tu esposo nos llega a descubrir? —preguntó como aceptando su intervención.

—Eso no sucederá. Como te dije, él jamás ha visto una foto tuya de adulta. Además, tú y yo no nos parecemos en nada, aunque sería bueno que usaras una peluca o te cortaras y te tiñeras el cabello y te adaptaras unos lentes de contacto en lugar de tus gafas. Por supuesto que tendrás que pedir un permiso de trabajo por uno o dos meses y cambiar de nombre y residencia. Llegado el momento crucial,

estará un hombre de mi absoluta confianza, lo suficiente cerca de ti, para ayudarte con las evidencias y con la salida del país. Ya no podrás volver a casa. —Lo último lo agregé con innegable dolor.

—Parece que has pensado en todo... —Helena habló en tono desolado.

—Tengo meses planeándolo —comentó con frialdad—. El momento en que se conozcan, el método de seducción y la cita final, donde se le tomará el video en la cama. —Margot estaba tan concentrada en su narración que no se percataba de la mirada de terror en el rostro de su hermana.

—¿Tienes planeado que llegue hasta el sexo con tu esposo con tal de obtener esa prueba incriminatoria? ¿Y cómo quedaré yo?, ¿qué sucederá con mi nombre y mi reputación? —Había que agregar al terror la desilusión para Helena.

—¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad, hermanita? Eso no será necesario para nada. Drogaremos a Alonso para que no sea un peligro, y después solo tendrás que actuar un poco la escena de pene... posesión. Tú entiendes, ¿no? —inquirió con gesto apenado—. La persona que me ayudará es un experto en este tipo de trabajos y colocará los equipos de forma tal que nunca se pueda revelar tu identidad.

—Sigue sonando muy arriesgado, Margui. —La voz de Helena se escuchó como la de la niña asustada del pasado, que tenía que mentir para tapar las escapadas nocturnas de su hermana.

—Helenita, ¡te suplico que me ayudes y confíes en mí! Hazlo por Ian y por Diego. Ellos no tienen la culpa de los errores de juicio de su madre, que creyó ver en Alonso a un

buen hombre para sustituto de su padre.

Capítulo 2

Helena accedió a cooperar con su hermana. No pudo negarse ante argumentos tan fuertes como el bienestar de sus queridos sobrinos.

De regreso a casa, recordó su frase de despedida: «Espero que nunca tenga que arrepentirme de esto...». Sus propias palabras le sonaron a sentencia.

El plan arrancó, días después, una tarde de verano. Para esto ya había vendido su auto y su departamento, con muebles y todo. Sus efectos personales aguardaban en un apartado, en la espera de ser enviados a su nuevo hogar —por seguridad, aún no decidía su ubicación en el mapamundi—, una vez que estuviera instalada.

Helena entró a un elegante bar de la calle Encinos y se sentó en la mesa reservada con anticipación por Margaret. Justo frente a ella, estaba el diván, junto al ventanal que daba a la calle, donde se encontraba un hombre tras el periódico matutino. Seguro era Alonso. La elegancia de su vestimenta correspondía con la descripción de su hermana. Según le había contado, todos los jueves solía sentarse en

el mismo lugar para hacer tiempo en lo que llegaban los amigos con los que departía un rato en el casino adjunto; claro, siempre que se encontraba en la ciudad.

—¿Espera a alguien más, señorita? —El atento mesero, que la ayudó con la silla, la obligó a centrarse en el diálogo previamente memorizado.

—Sí, a mi prometido —declaró con voz lo bastante alta para que escuchara su vecino de al lado.

—¿Desea que le traiga algo de beber mientras tanto?

—Sí, por favor. Un «ruso blanco». —Necesitaba con urgencia algo de alcohol para infundirse valor.

Cuando le llevaron el trago, on discreción se secó el sudor de las manos antes de degustar la bebida. Derramar el líquido o, peor aún, estrellar el vaso contra el piso no era parte del plan para llamar la atención del responsable de su presencia ahí.

Después de dos dosis de su bebida preferida, Helena se encontraba lo suficiente achispada para continuar con la trama. Dejó de fingir que leía una nota, que le acababa de llevar el mismo mesero, y empezó a llorar desconsolada. Tal como había dicho su hermana, Alonso bajó su periódico y ahora la miraba; lo pudo constatar de reojo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Dios! ¡Cuánto dolor me has causado! —se lamentó abrazada al papel.

—¿La puedo ayudar en algo? —Se escuchó su voz de barítono—. Disculpe, ¿nos conocemos?

—¡Perdóneme! No he querido importunarlo. —Helena se levantó *ipso facto*; la había reconocido. Solo quería salir corriendo del lugar.

Con urgencia sacó unos billetes de su bolso y se dispuso a salir, con tan mala suerte de que el tacón de su zapatilla se atoró con una esquina del mantel y fue a dar al regazo

de él.

Lo miró con los ojos empañados por las lágrimas, esperando que hablara, aunque dudaba que lo pudiera escuchar con los ensordecedores latidos de su corazón.

Ahí estaba... Las fotos de las revistas de negocios no le hacían ningún favor. Lo rodeaba un aura de poder, de elegancia y de un algo que no podía describir, pero que lo mantenía ajeno y distante a pesar de su rostro de desconcierto. ¡Qué alivio! No la había reconocido.

—¡Lo siento mucho! Por favor, perdone mi torpeza — balbuceó al volver al guion. Lo cierto era, sin duda, su bochorno; el sonrojo no se podía fingir.

—¿Se encuentra usted bien? —Alonso la imitó poniéndose de pie. Se había interesado en ella.

El juego había iniciado de forma oficial, y la suerte decidiría quién sería el ganador.

—¡No! Siento que me falta el aire... Necesito salir de aquí —declaró aferrada a sus antebrazos.

—Permítame ayudarla —se ofreció de inmediato—. ¿Puede caminar? —Hasta su olfato llegó su dulce y picante aliento.

—Es muy amable —comentó Helena con tono acongojado. No debía olvidar que el sujeto atractivo y solícito, que ahora la socorría, era el mismo ser malvado que tenía amenazada la vida de sus seres queridos.

¡Dios! Qué difícil su empresa. Oscilaba entre el miedo y la fascinación, pero la función había empezado y ahora no podía dar marcha atrás; además, todo iba de acuerdo con lo planeado, como si su cuñado también se estuviera ciñendo al guion.

—¿Se siente mejor o prefiere que llamemos a alguien para que venga por usted? —Después de un tiempo, que

consideró prudente, el sujeto le preguntó con tiento, sin soltarle el brazo; ella sostenía su frente en tono dramático.

Vaya desempeño del muy... Para ser un patán, se estaba comportando como todo un caballero.

—No tengo a nadie aquí —respondió Helena luego de una fuerte inspiración. Cuando lo miró a los ojos, un sollozo real se le escapó de los puros nervios.

Luego no fue difícil estallar en un llanto quedo, que cimbraba su figura con evidente aflicción. Eso era mucho mejor que hablar. Está demostrado que las lágrimas femeninas son capaces de penetrar hasta el corazón más duro.

Y Alonso no era la excepción. Con rostro acongojado envolvió los frágiles hombros con manos fuertes, como queriendo sosegar el temblor de la chica.

—Trate de calmarse y dígame cómo puedo ayudarla.

—Qué pena siento por estropearle el momento —dijo con voz atragantada—. Deténgame un taxi, por favor. Me iré a mi hotel —resolvió, con la dignidad de una reina, al tiempo que se enjugaba las lágrimas con dedos temblorosos.

—No lo puedo permitir —declaró Alonso con involuntaria vehemencia y con un rubor impropio en un hombre adulto—. Me gustaría llevarla personalmente —agregó una vez que se afinó la garganta. Al ver la expresión de duda en los ojos castaños, se apresuró a decir—: Le aseguro que mi único interés es ver que llegue con bien a su destino. — Con dedos firmes sostenía la barbilla para que constatará en su mirada la sinceridad de sus palabras—. Mi chofer nos acompañará —insistió ante el silencio de la chica.

—Muchas gracias, señor... —Con mirada triste extendió su mano temblorosa hacia él.

—Rivadeneira. Alonso Rivadeneira a sus pies —se pre-